



## AULA ABIERTA 2019

(6-4-2019)

**Reflexiones al hilo de la propuesta de Roger Lefèbvre titulada:  
¿Es la cruz de Cristo realmente la respuesta al pecado de Adán?**

**(Avelino Martínez)**

### 1. Saludo

Permítaseme comenzar expresando una sensación muy personal. Esta es la ocasión en que me encuentro más cómodo en una mesa dedicada a temas bíblicos porque comparto con Roger algunas experiencias no muy habituales. Ambos tuvimos como formación inicial la ingeniería. Ambos hemos sentido luego la inquietud teológica y ambos, después de una larga trayectoria, nos hemos hecho acreedores al derecho de vivir “subvencionados” el resto de nuestros días.

### 2. Mi intervención

Quienes me conocen saben que me disgusta leer mis intervenciones, incluso escribirlas. Sin embargo, hay una buena razón para hacer ambas cosas hoy: Pedro Zamora nos permite disponer de traducción simultánea para toda la sesión y facilitarle la tarea con un texto previo era una forma práctica de agradecerle su generoso esfuerzo.

Antes de entrar en materia, añadiré solamente un par de indicaciones respecto a mi intervención.

La primera se refiere al carácter general de ella. En las ocasiones en que se plantea una estructura de ponencias como la de nuestra “aula abierta”, después del conferenciante se suele dar paso a algunas participaciones a modo de “respuestas” a lo previamente expuesto. Esa denominación de “respuesta” corre el riesgo de indicar una connotación de controversia; sea como fuere en otros casos, en esta ocasión mi intervención no podría polemizar con el planteamiento de Roger porque, aunque hay aspectos de su argumentación que yo formularía de modo distinto, comparto plenamente la premisa de partida y la conclusión de su propuesta.

La segunda indicación se refiere al contenido concreto de mi exposición, la cual ha de ser muy breve en todo caso.

En primer lugar, me ha parecido oportuno contribuir a la exégesis del texto de Romanos 5,12-21 con unos apuntes muy sucintos relativos a las consonancias de ese pasaje con textos judíos extrabíblicos.

En segundo lugar, señalaré en forma de interrogantes algunos aspectos que me parecen especialmente sobresalientes en la conferencia que hemos escuchado.

Tanto estos interrogantes como los apuntes exegéticos previos tienen como objetivo fundamental el facilitar y propiciar la apertura del coloquio posterior entre los presentes y nuestro conferenciante.

Vamos pues al primer punto, que he titulado...

### **3. La atmósfera teológico-apocalíptica**

El texto de Romanos 5, 12-21 desarrolla, como ha subrayado Roger, un paralelismo antitético entre dos hombres, Adán y Jesucristo, cada uno de los cuales representa una unicidad radical que Pablo subraya mediante sendas frases idénticas: “por un solo hombre”.

Esta singularización ya encuentra su precedente dentro del propio pensamiento paulino en 1ªCorintios 15. En los vv. 45-49 de este capítulo, se desarrolla una antítesis de contraste entre Adán como el “hombre psíquico” (ψυχικόν) y Jesucristo como el “hombre neumático” (πνευματικόν), que solo menciono aquí porque ya evidencia la conexión entre ambos personajes en el pensamiento de Pablo en una epístola ya anterior a la de Romanos.

Lo que más nos interesa ahora es notar que, en los vv 21-22 de 1ªCorintios 15, el apóstol señala a Adán como aquel que había franqueado a la muerte su entrada en el mundo, entretanto que Jesucristo había abierto la puerta a la vida resucitada.

En el texto de Romanos 5 que nos ocupa, el apóstol retoma ese paralelismo antitético y lo desarrolla con el fin de evidenciar la radical contraposición entre la actuación de Adán y de Jesucristo, así como de sus respectivas repercusiones sobre la humanidad en su totalidad.

Ahora, la referencia a Adán no se relaciona en primer lugar con la entrada de la muerte en el mundo, sino con el factor precedente que la posibilita, es decir, con la transgresión adánica del mandamiento divino y las consecuencias derivadas de ella, según lo narra Génesis 3. El punto hacia el que yo quiero llamar hoy la atención es que, con esta referencia, Pablo trata de entrar en diálogo no tanto con el texto bíblico sino con un debate de fondo que recorre la literatura teológica judía ya desde el siglo segundo anterior a Cristo y que encuentra sus más notables referencias en una literatura apocalíptica cuya atmósfera<sup>(1)</sup> respiraron Pablo y los primeros cristianos. En particular, el apóstol construye su argumentación sobre un tema central de ese debate: la

posibilidad de salvarse de la condenación escatológica a pesar del pecado que invade a la humanidad.

Aunque ese debate puede seguirse en varios libros apocalípticos, voy a referirme casi exclusivamente a uno de los más relevantes, el llamado 4 Esdras, en el que el autor, amparado por el nombre del escriba restaurador de Israel tras el exilio, narra diversas visiones y diálogos con un ángel portavoz de Dios en torno a un interrogante angustioso: la salvación o condenación escatológicas de la humanidad y de Israel en particular.

Esdras deja constancia de que Adán, llevado de su propio corazón maligno, había pecado al transgredir el precepto divino, razón por la que Dios estableció al instante su muerte y la de su descendencia<sup>(2)</sup>. Por esta causa, Esdras le recrimina a Adán el haber atraído la ruina no solo sobre sí, sino sobre toda su progenie<sup>(3)</sup>. Se observa incluso que el reproche de Esdras se dirige veladamente contra Dios al interpelar a la tierra con la amarga queja de que haya producido a Adán o que, aun habiéndole creado, no le impidiese pecar<sup>(4)</sup>.

Sin embargo, Esdras no atribuye a Adán en exclusiva la causa de la impiedad y corrupción que anidan en todos los seres humanos; muy al contrario, al igual que la tradición rabínica tardía, Esdras afirma reiteradamente la corresponsabilidad directa y personal que tiene cada ser humano en esa realidad porque, al igual que Adán, todos y cada uno de sus descendientes han pecado a causa de su propio corazón maligno<sup>(5)</sup>. Esa misma atribución de responsabilidad individual y personalísima por la conducta impía se expresa con claridad meridiana en otro de los apócrifos, el Apocalipsis de Baruc, en el que se lee: “Por tanto, Adán no es la causa ni siquiera para sí mismo. Todos nosotros, cada cual, fue para sí mismo Adán”<sup>(6)</sup>.

Esta realidad universal plantea un grave problema del que Esdras se hace eco: aunque existen promesas divinas de una salvación escatológica para los piadosos, esa esperanza parece ilusoria porque todos los hombres llenan su vida de obras impías y, por tanto, se vuelve utópica la expectativa de alcanzar esa promesa de inmortalidad escatológica, y se hace inevitable la certeza de condena después de la muerte<sup>(7)</sup>.

Ante este horizonte escatológico desesperanzado, el autor del libro se revela contra la idea de que la perdición sea ineludible y lo hace a través de las intervenciones reiteradas del ángel portavoz de Dios, el cual corrige una y otra vez a Esdras y le hace ver que, junto con la semilla maligna, desde el principio está también sembrada en el corazón humano la semilla benéfica de la Ley divina<sup>(8)</sup>. Gracias a esta, el ser humano no está abocado ineludiblemente al pecado, sino que puede oponerse al instinto maligno y vencerlo.

El ángel insiste en que Dios no quiso que los hombres se perdiesen y por esta causa les dio claros preceptos de lo que debían hacer para vivir y no ser castigados; y deja constancia de que fueron los hombres quienes, haciendo uso de su razón y libertad personales, negaron a Dios, despreciaron su Ley, rechazaron sus promesas y se hicieron acreedores a la condenación escatológica<sup>(9)</sup>.

Sin embargo, Esdras es consciente de la dificultad de transitar la vía de la Ley divina que posibilita al piadoso la victoria sobre el instinto maligno, y por eso reflexiona así: “En verdad no hay nadie de los nacidos que no se haya comportado impiamente, ni alguno de los que creen que no haya pecado”<sup>(10)</sup>. En realidad, esta afirmación es una expresión de confesión (exhomologesis) humilde de Esdras ante el Altísimo, que evita la presunción de ser él mismo un justo y piadoso cumplidor de la Ley; por esta causa, no debe interpretarse como una negación dogmática de la posibilidad de vencer con la Ley al instinto maligno. Muy al contrario, el libro deja claro que esta victoria es posible, aunque sean muy pocos los que consigan alcanzarla y lleguen a gozar de la felicidad escatológica del paraíso<sup>(11)</sup>.

Es este el telón de fondo judeo-apocalíptico sobre el que Pablo proyecta su reflexión en el texto de Romanos 5,12-21, en el cual se observan claras coincidencias y también radicales diferencias respecto a dicho trasfondo.

En efecto, por una parte, en Rom 5,12 el apóstol introduce el Pecado no como una mera transgresión concreta e individual, sino como una entidad personificada y soberana; idea esta que acentúa más aún en los capítulos sexto (vv. 12-23) y séptimo (v. 8.11.17.20). Por otra parte, al igual que el libro 4Esdras, Pablo entiende que la transgresión de Adán franqueó el acceso de este Pecado personificado y supraindividual no solo al mundo, sino al corazón de todos los seres humanos; es en la intimidad moral del individuo donde el Pecado libra una dura batalla contra la benevolencia del sujeto, según describe de forma dramática el capítulo séptimo de Romanos (vv. 14-25), y contra la Ley divina inscrita asimismo en la conciencia humana, según menciona el capítulo segundo (vv. 15ss).

Además, el apóstol y el autor apocalíptico coinciden en la constatación de que los hombres usaron de la libertad recibida de Dios para marginarlo de sus pensamientos y decisiones (Rom 1, 18-31)<sup>(12)</sup>, granjeándose la degradación moral y la consecuente expectativa de una condenación escatológica.

Sin embargo, en contraste con estas amplias coincidencias, Pablo difiere de la apocalíptica radicalmente en la afirmación que esta hace de la Ley como una vía posible para lograr la victoria sobre el instinto maligno y la salvación escatológica. Muy al contrario, el apóstol utiliza las Sagradas Escrituras para subrayar la universalidad de la corrupción humana (φθορά) porque que no hay ni un solo justo<sup>(13)</sup>, ya que todos han pecado<sup>(14)</sup>, y para sentenciar que, consecuentemente, la Ley no es una vía posible de salvación de la condena escatológica (κατάκρισις) con la que el Pecado, dictador inmisericorde, les retribuye por sus propios pecados concretos y personales.

Con ello, frente al axioma de la tradición judeo-apocalíptica sobre Adán, según el cual la Torá es simultáneamente criterio de pecado y vía de justificación, Pablo plantea en Rom 5, 12-21 una posición sin precedentes en el judaísmo al negar la virtud de la Ley como

acceso posible a la salvación de la *κατάκρισις* escatológica, y al afirmar rotundamente la gracia manifestada a través de Jesucristo como única solución salvífica.

Creo que este panorama ampliado respecto a la sola contextualización bíblica, ilumina con una luz muy clarificadora la estructura y la lógica argumental de Pablo en el texto que tradicionalmente se ha empleado para fundamentar la doctrina del pecado original. Contrariamente a esta doctrina, parece evidenciarse que Pablo afirma la plena y exclusiva responsabilidad individual en la *κατάκρισις* personal ya que todos y cada uno de los seres humanos han contribuido con su propio pecar concreto al dominio universal del Pecado personificado y soberano al que, eso sí, abrió la puerta Adán. En contraposición con ello, el antitipo de Adán, Jesucristo, abre universalmente a los seres humanos la posibilidad de la salvación escatológica mediante la gracia mostrada por Dios en él.

Para concluir mi intervención, voy a las anunciadas preguntas con las que trataré de refrescar nuestra memoria sobre alguno de los temas que hemos escuchado esta mañana.

#### 4. Un título sugerente y provocador

Una mirada atenta a los propios términos del título de la conferencia de Roger, y sus mutuas relaciones, suscita *per se* un abanico de cuestiones enjundiosas, incómodas para la teología cristiana y muy controvertidas.

Un primer grupo de cuestiones es el relativo a Adán mismo y su funesto pecado.

En el año 2021 se cumplirá el sesquicentenario de la publicación en 1871 de la obra de Charles Darwin titulada *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*. Podríamos afirmar que, hasta entonces, todo ciudadano occidental dotado de una formación elemental habría sabido identificar y ubicar a Adán en la historia cultural de la humanidad. Sin embargo, casi ciento cincuenta años después de la citada obra de Darwin, la mera referencia a Adán levanta un cúmulo de incertidumbres y preguntas:

- ¿Existió un tal Adán, entendido como un primer ser humano aparecido de forma abrupta y con la plenitud de lo que consideramos distintivamente humano?
- ¿Qué significa ser plenamente humano y cuáles son las características exclusivas de lo plenamente humano? ¿Existió un Adán entendido como un primer ser humano con plena conciencia moral y capacidad cultural?
- ¿Es la existencia de la Humanidad una trayectoria de degradación sucesiva a partir de una primigenia edad de oro representada por el Adán prístino? ¿No será ese Adán la etapa final, por ahora, de un proceso de desarrollo de la humanización y no su inicio?
- ¿No será Adán un epónimo de la humanidad, del hecho humano, en el que el pensamiento bíblico proyecta su concepción antropológica esencial, en continuidad y discontinuidad simultáneas con las culturas del antiguo Medio Oriente?

- A la luz de los hallazgos consolidados de la Antropología y de la Genética, entre otras ciencias, ¿es racional que la teología cristiana crea responder satisfactoriamente a todas estas preguntas afirmando que el ancestral Adán bíblico encarnó, individual e históricamente, la humanidad primigenia y plena? ¿Es coherente atribuirle una ingenua inconsciencia moral inicial que, con su transgresión del mandato divino, dio paso *ex abrupto* a una conciencia moral quintaesenciada, a la par que una corrupción invencible y transmisible automáticamente a sus descendientes?
- En cuanto a la universalidad de lo que llamamos maldad, ¿no obedecerá a la οἰκείωσις estoica y su exacerbación, es decir, a una autonomía (libertad) que tiende a la apropiación y autoconservación del propio ser y que es un elemento constitutivo esencial del ser de toda realidad y, de modo muy especial, del ser biológico?
- ¿No debería el pensamiento religioso, cualquiera sea su apellido confesional, asumir que en el siglo XXI no se puede hacer teología sin adoptar como marco de referencia obligado el delimitado por los hallazgos consolidados por las ciencias humanas?

Un segundo grupo de cuestiones sería el relativo a la cruz de Cristo como respuesta al pecado de Adán y al nuestro.

Precisamente en la epístola a los Romanos, Pablo apunta a esa muerte como procedimiento de reconciliación entre los hombres y Dios (v. 5,10); reconciliación realizada en Jesús de Nazaret, convertido este en ἱλαστήριον con su propia sangre (v. 3,25), mediante su voluntad de obediencia (v. 5,19). Con todo ello, el apóstol nos sitúa ante el ritual anual del día de yom kippur y nos plantea el reto de desentrañar el significado de cada detalle de ese ritual. En mi opinión, lamentablemente la teología cristiana se ha dejado colonizar durante siglos por la significación dada por Anselmo en el siglo XI. Al hilo de ello, podría plantear otras cuantas preguntas molestas para la teología cristiana más generalizada, pero no lo haré porque tenemos materia de debate mucho más que suficiente con las otras cuestiones ya citadas.

\*\*\*\*\*

- (1) Relacionan muerte-pecado de Eva: Eclesiástico 25, 24; Apocalipsis de Moisés –Vida de Adán y Eva- versión griega, 14 y 32 (versión latina, 44), y Henoc et 69, 6. Relaciona muerte-diablo: Sabiduría 2, 24.
- (2) 4 Esdras 3, 7; 1 Henoc 5, 4; 8, 4; 53, 3; 69, 11; Ap Baruc (siriaco) 17, 1-3.
- (3) 4 Esdras 7, 118; Ap Baruc (siriaco) 48, 42.
- (4) 4 Esdras 4, 20-21; 7, 116.
- (5) 4 Esdras 3, 21-26; 4 Esdras 7, 68; 4 Esdras 8, 31.
- (6) Ap Baruc (siriaco) 54, 14.15.19.
- (7) 4 Esdras 7, 117 y 119-126.
- (8) 4 Esdras 9, 31-37; 4 Esdras 3, 22; Ap Baruc (siriaco) 38, 1-2; 48, 22-24.
- (9) 4 Esdras 7, 20-24; 4 Esdras 7, 72; 4 Esdras 8, 55-60.
- (10) 4 Esdras 8, 35; 4 Esdras 3, 35; 4 Esdras 7, 68.
- (11) 4 Esdras 8, 1-3; 4 Esdras 7, 60-61; 4 Esdras 7, 47; 4 Esdras 9, 15-16; 4 Esdras 8, 38-39.
- (12) Ap Baruc (siriaco) 48, 46-47.
- (13) Romanos 3, 10-12 y 20.
- (14) Rom 3, 23.